

que levantó hacia el cielo revelando en sus facciones una mortal tristeza.

—No sé si os habría comprendido en otro tiempo, señor—prosiguió la condesa;—pero hoy que vuestros beneficios me han devuelto el pensamiento, aunque débil todavía, creo entrever vuestros enigmas. Ignoro por qué habéis perdido el valor, y la causa de ese cambio súbito y visible que se ha operado en vos desde el principio de nuestra entrevista. No sé siquiera el nombre de la que era como el alma de vuestra ambición; solamente la compadezco si ya no la amáis, porque siento dentro de mí que ella os amaba, ó más bien, siento que es imposible dejar de amaros.

Yo, aun cuando viviese cien años, no podría olvidar cómo mi corazón ha latido ante la idea de que era vuestra madre.

Y ahora que me habéis desengañado, ahora que me proponéis fría, casi desdeñosamente, yo no sé que contrato que os causa horror á vos mismo, estoy triste, sí, pero no os guardo rencor.

Siento que no podáis ser la gloria de nuestra restablecida familia, pero no por ello dejo de amaros.

Tal vez no he podido adivinar bien el objeto de lo que me proponéis; no obstante, sea este el que fuere, no me ruborizo de decir: acepto.

—¿Aceptáis, señora?—exclamó Fulvio sorprendido.

Sus mejillas pálidas se sonrojaron débilmente. La condesa le contemplaba sonriendo.

—¿Por qué me había de ruborizar llamándoos hijo mío, Fulvio?—repuso—mi más halagüeña ilusión ¿no era que me llamaseis «madre mía?» ¡Ojalá fuese posible reanudar este lazo tan prontamente roto! Si tuviese á mi lado á mi hija, le diría: «¡Hé aquí al que debes amar!»

El príncipe levantó vivamente la cabeza para

hablar, pero no se atrevió á modular su pensamiento.

En su lugar, una sonrisa de amarga melancolía vino á entristecer la noble belleza de sus facciones.

—Eso le diría, Fulvio—prosiguió la condesa,—como diré al rey Fernando de Borbón: «Este es el primogénito de Mario, conde de Monteleone, mi difunto esposo!»

## IX

## Suegro y yerno

Era cerca de medio día. La casa del señor Johann Spurzeim, jefe de policía, estaba enlutada por su parte exterior, y el clero de Santa María del Carmen, su parroquia, velaba en el aposento de Bárbara Spurzeim, transformado en resplandeciente capilla.

Todos compadecían al desgraciado esposo, harto débil y enfermo para soportar tan terrible golpe.

Era un buen matrimonio; uno de esos matrimonios solitarios y retirados en que el hombre lo es todo para la mujer y la mujer todo para el hombre.

Los sacerdotes comentaban la desgracia diciendo:

—El honrado señor no llevará luto mucho tiempo. Dios reunirá en el cielo á los que tanto se amaban en la tierra.

Johann Spurzeim había querido probar una vez más la ternura que profesaba á su querida esposa, disponiendo unos funerales espléndidos. El clero de Santa María del Carmen no podía dudar de que un matrimonio compuesto de una esposa tan

bien enterrada y de un marido que enterraba tan bien, no se reuniese felizmente en un mundo mejor.

Durante las exequias, Johann estaba en su aposento dormitorio almorzando en compañía del joven y buen doctor Pedro Falcone.

Johann chupaba un trozo de mazapán mojado en vino de Tokay; Pedro Falcone, menos delicado, rociaba con una botella de vino siciliano un pastel de volatería.

Johann pensaba con toda dulzura:

—¡Quién diría que este hermoso mancebo se irá también como los otros! El punto vulnerable reside en el estómago para las personas de buen apetito.

Y exhalando un gran suspiro, añadió:

—La pobre Bárbara apenas comía. Es extraño que aun conservase fuerzas para estrangular á Tesoro...

—Amigo Falcone — se interrumpió, —cuidad de comprarme otro *King's Charles* y devolvedme las pastillas que quedaron en la cajita de oro.

Pedro Falcone elevó su vaso dirigiéndole una sonrisa.

—¡A vuestra salud, señor! —le dijo;— desde ayer habéis ganado un ciento por ciento.

Johann se irguió como un gallo.

—La pobre Bárbara estaba en la creencia de que llevaría luto de viuda —replicó;— la echaré de menos, Falcone, pero no tanto como creía. Os ruego que me devolváis la cajita de oro.

El doctor bebió un sorbo de Takay.

—Señor — respondió, —hago colección de todas esas baratijas; así, vuestra cajita de oro está en mi escritorio junto con la de Bárbara de Monteleone.

—¿Con las pastillas?

—Por supuesto. Son tan exactamente parecidas,

que al verlas una al lado de otra, no se nota diferencia. No hay cosa más elocuente que los objetos materiales, señor.

—¿Coleccionas ya armas contra mí, hijo mío? —murmuró Johann con acento compungido.

—Existen dos especies de armas, señor —respondió el médico impassible y sin perder bocado;— existen armas ofensivas y defensivas: la espada que hiere, el escudo que para el golpe... Francamente, contra vos no creo tener necesidad de espada... Pero los acontecimientos de esta noche me han dado una alta idea de vuestra habilidad; así es que no desdeño el escudo.

—¡Ah! —dijo Johann suspirando;— el mundo será siempre el mismo. Poned afecto en un hombre, y tendréis en él un ingrato. Guarda tu escudo, Falcone, mi pobre amigo, que no te deseo ningún mal!

El doctor se servía un alón de pollo.

—Señor —le dijo, —sed justo y franco: ¿no es mejor que pueda siempre sentarme á la mesa confiadamente y beber de vuestro vino, que en verdad es exquisito?

—¡Qué! —exclamó el Jefe de policía;— ¿supondrías?...

—¡Bah! señor, no queráis echarme de menos como á la pobre Bárbara.

Johann guiñó sus ojillos grises.

—Esta mañana te veo jovial, mi digno camarada —murmuró;— te aprecio sobre todo por tu carácter alegre. Veamos, hablemos formalmente... ¿el joven está aquí?

—Y se impacienta ya de no ver á Manuel. Quiere volver al lado de su hermana.

—¡Quiere! ¡quiere! ¿Sabes que es una extraña historia ese suicidio, esa ventana abierta por un bandido que huye, esa bolsa que lleva el nombre misterioso de Coriolani, y esa quemadura provi-

dencial? Falcone, vamos á ser ricos y poderosos!

—Mucho tiempo he sido débil y pobre, señor.

—Y has sufrido una cruel injuria...

—Que por cierto no he olvidado.

—Pero cuando es uno poderoso y rico, puede vengarse, amigo mío.

—Tranquilizaos, señor; rico ó pobre, débil ó fuerte, pondré los medios para vengarme.

Concluído su mazapán, Johann experimentaba ese bienestar que sigue á una comida copiosa y bien digerida.

—¡Bien, bien! mi excelente compañero—le dijo dando vueltas á sus pulgares sobre el cobertor, en el que se veían las migajas del dulce;—esta noche queráis precipitaros...

—Dejemos eso—interrumpió Pedro Falcone.

Johann repuso:

—Deseo que la idea de que os quiero mal no os prive de vuestro apetito, camarada. En cuanto á la venganza, durmiendo os ha de llegar, así como la fortuna, siempre que no pretendáis tratar de igual á igual con el que es vuestro señor.

—¿Quién es mi señor?—preguntó Pedro Falcone arrugando las cejas.

—Un pobre enfermo—replicó Johann—que derribaríais con sólo soplarle.

Y se interrumpió para añadir con voz estridente:

—Pero que os quebrará como una brizna de paja el día que tratéis de resistirle.

Falcone se levantó, pero volvió á sentarse llenando su vaso.

—Guarda tus dos cajitas de oro, hijo malvado—prosiguió el Jefe de policía sin cuidar de ocultar su desdén;—si yo no valiera más que tú, ó mejor,

hablemos francamente, si yo no tuviese necesidad de ti, tus dos cajitas de oro te llevarían al patíbulo; pero no temas: me convienes y, no serás

nunca bastante fuerte para que puedas servirme de estorbo. Volvamos á nuestros asuntos: ¿qué tal te parece la niña?

Pedro Falcone detuvo el bocado que llevaba á la boca. Sus ojos brillaron.

—¿La amas ya?—exclamó Johann.

—No—replicó Falcone;—pero hay otra cosa mejor: creo que Coriolani la ama.

—Entonces son dos—dijo Johann;—Loredano Doria y Fulvio Coriolani. Conozco más de una princesa que quisiera hallarse en lugar de esta niña.

Ya ves cómo todo se arregla, amigo Falcone; no hay necesidad de poner la mano en ello. Estos dos hombres que estorban nuestro camino se devorarán algún día, y nosotros seremos tranquilos espectadores de la lucha. Los necios dirán: «—Es la casualidad...» Pero habrá á lo menos dos personas, amigo Falcone, tú y yo, que sabrán que la casualidad aquí tiene otro nombre y que el pobre moribundo Johann Spurzeim les ha azuzado... ¿Qué ha dicho el seminarista durante el camino?

—No ha hablado sino de su padre Manuel.

—¿Y la muchacha?

—No he traído á la muchacha.

Johann brincó bajo su cobertor.

—¿Y dices que Coriolani está enamorado de ella?—exclamó.—Tira del cordón, desgraciado, tira pronto.

El doctor agitó inmediatamente una campanilla, cuyo cordón colgaba sobre la chimenea. El sonido vibró en el piso superior.

Casi al mismo tiempo el techo de la cama se abrió.

—¡Toma!—dijo la voz atiplada de Beccafico;—el hombre de ayer está aún ahí. Buenos días, Excelencia: ¿cómo os halláis?

—Mejor, querido; gracias á Dios, mi convalecencia camina á pasos agigantados. Bájame recado de escribir y la correspondencia.

—Hay más que la correspondencia—dijo Beccafico.

—Bueno, bájalo todo.

La tablita empezó á descender lentamente.

Al mismo tiempo, y á pesar de estar cuidadosamente cerradas las ventanas, pudieron oirse las campanas de Santa María del Carmen echadas á vuelo.

—¡Doblan por la pobre Bárbara!—murmuró Johann;—ayer á esta hora estaba aquí, á la cabecera de la cama... ¡lo que somos!

Sobre la tablita había muchas cartas y un pequeño paquete cúbico. También estaba el recado de escribir.

Johann escribió en un pliego de papel.

—Tú mismo debes ir inmediatamente—dijo á Beccafico.—Toma dos agentes y que la niña esté aquí antes de media hora.

La tablita volvió á subir. Johann había puesto sobre el cobertor su correspondencia y el paquete cuadrado envuelto en un papel. Le palpó y se sonrió mirando al doctor de reajo.

—¿No sabes, amigo?—murmuró;—¿no sabes?... felizmente el pobre moribundo tiene talento para los dos. ¡Qué diablo! se os paga para que sepáis que el caballero de Athol no anda con rodeos...

Las facciones de Pedro Falcone pusiéronse sombrías y colocó á su lado el cuchillo y el tenedor.

—¡No! ¡no!—dijo Johann;—¡comamos bien! ¡bebamos mejor! ¡aun nos queda por dar hoy una buena embestida!

Mientras hablaba así, deshacía el paquete cuadrado. El doctor oyó como un sonido de metal, y vió desaparecer un objeto brillante entre las sábanas del director de policía. Pero en aquel apo-

sento no había nunca mucha luz. Parecía el tocador de una vieja coqueta.

Johann sonreía cada vez con más jovialidad. Y sin embargo aun no había abierto las cartas. El paquete cuadrado debió causarle esta alegría.

—¿Dicen que esa niña es bella como los ángeles?

—Muy bella—replicó lacónicamente Falcone.

—¡Ves tu suerte, buen amigo! La pobre Bárbara tenía más de cuarenta años, era horrible y repugnante, sin que trate de ofender su memoria. En el cambio ganas: primero, no cargar con la pobre Bárbara; segundo, adquirir una joya de dieciséis años que te aporta una fortuna de príncipe y el honor de ser yerno del señor Johann Spurzheim, futuro conde de Monteleone y primer ministro de S. M. el rey Fernando de Nápoles.

—Para alcanzar esto—dijo Falcone mirándole de frente,—es necesario que la viuda de Monteleone consienta en casarse con vos, señor.

—Sí, hijo mío—replicó Johann guiñando el ojo con malicia;—sí, mi buen yerno Falcone, eso te asusta, ¿no es verdad? Tú consideras imposible que una mujer consienta en casarse con un moribundo como yo...

—Señor—interrumpió el doctor,—lo único que considero imposible es que María de los Amalfi pueda casarse con David Heimer.

No por esta alusión perdió Johann su sonrisa.

—Cuando pronuncies ese nombre, querido amigo—dijo con dulzura,—habla más bajo, si no quieres que te suceda alguna desgracia. Y, sin embargo, en el fondo este nombre vale lo que otro... El hombre que le llevaba, salido de muy baja esfera, ha jugado más de una partida difícil y todas las ha ganado.

Su mirada tomó ese aire de satisfacción que le era habitual. Jamás hombre alguno se ha senti-

do más imperturbablemente satisfecho de sí mismo que el buen señor Johann Spurzeim.

—Voto á... yerno mío—repuso haciendo al doctor una señal de cariñosa amenaza,—¿conque también sabemos la historia de Martorello?

—Sí, señor.

—¿Se puede saber por qué conducto?

—La sé; ¿qué importa lo demás?

—Tenéis razón. Y ¿qué os parece del medio puesto en práctica por David Heimer?

—Odioso, señor—respondió Falcone sin titubear.

—¡Eh! ¡eh!—dijo Johann Spurzeim;—sois un moralista severo, mi querido yerno, yo declaro el procedimiento atrevido é ingenioso. Es una de las estratagemas más sutiles que he visto en mi vida, servirse de una loca para arrimar la pólvora al fuego; es hábil, es prudente, no deja huella...

—Pero—dijo Falcone levantándose—no debe pretender casarse en seguida con la loca.

—¡Ven á sentarte aquí, yerno mío!—exclamó alegremente el jefe de policía;—ven á la cabecera de mi cama, como un hijo cariñoso, y hablemos un poco de medicina que es tu especialidad. ¿Has estudiado á fondo la locura?

—Lo suficiente para discutir con vos.

—¡Eh! Es decir, que soy un pobre ignorante, pero tengo un excelente carácter, y cuando estamos juntos, formaremos una familia muy unida. Si has estudiado á fondo la locura, debes saber la teoría de las dos memorias.

—La conozco.

—Tómate el trabajo de explicármela

—Los autores han establecido—replicó Falcone, —y la experiencia lo ha probado, que el loco, en sus períodos de demencia, recuerda los hechos que se han producido sucesivamente durante sus diversas crisis.

—Muy bien.

—Y que el loco curado, al atravesar un período lúcido, recuerda los hechos que se produjeron antes de su enfermedad ó durante los otros intervalos lúcidos.

—Perfectamente. Y estas dos memorias no se mezclan nunca.

—Así aparece auténticamente demostrado

—¡A las mil maravillas! entonces ya comprenderás que no debo tener inconveniente en abordar á María de los Amalfi, viuda del conde Monteleone, pues para que se acordase del arma que puse en su mano el 13 de Octubre de 1815, sería necesario que estuviese loca, y á las locas que hablan no se las cree, yerno mío.

Y abrió una de las cartas de su correspondencia.

Falcone se puso á toser con aire de duda.

Johann introdujo precipitadamente su mano bajo las sábanas como si hubiese querido sacar alguna cosa, pero se serenó y su mano salió vacía.

—¡Cómo suenan esas campanas!—murmuró:—no se podrá decir que no son unos funerales suntuosos y dignos.

—¡Oh!—se interrumpió recorriendo la primera carta á que echó mano;—nuestros amigos de la cárcel Mayor oponen dificultades.

—¿A quién llamáis nuestros amigos de la cárcel Mayor?—preguntó el doctor.

—A esos títeres que he hecho danzar esta noche en el palacio Doria—respondió Spurzeim,—los Malatesta, los Sampieri, los Colonna y otros. ¡Se le ha ocurrido retroceder! pero cuando tengo á alguien, le tengo bien asegurado, amigo Falcone. Ahora nuestros hombres se hallan poseídos de mejores sentimientos. Dentro de una hora estarán en libertad, y dentro de dos representarán la escena segunda de su comedia.

—¿Puedo saber?...

—¡Inútil! cuando sea tiempo, se os apuntará vuestro papel al oído. ¡Otra historia! Esta noche han llevado un herido al palacio Coriolani, un anciano, indudablemente es Manuel Giudicelli, á las diez de esta mañana aun no había recobrado la palabra. Su médico es el doctor Antonio Doni ¿le conocéis, yerno mío?

—Soy uno de sus discípulos, señor.

—Bravo, amigo.

—¿Por qué bravo?

—Porque es necesario que este Manuel no recobre la palabra.

—¿Y de qué sirven mis relaciones con el doctor Antonio Doni?

Johann abrió la tercera carta.

—¡Oh! ¡oh!—dijo;—conocéis mucha gente, mi querido yerno. Luego contestaré á vuestra pregunta. Permitidme saber antes qué clase de relaciones existen entre vos y esa hermosa joven conocida en Nápoles con el nombre de Nina Dolci?

—Esto es cosa mía, señor—replicó Falcone.

Johann le lanzó una ojeada rápida y tan penetrante que el doctor bajó los ojos involuntariamente.

—¡Vamos!—dijo el jefe de policía con repentina bondad;—no quiero penetrar vuestros secretos, yerno mío, hé aquí otra carta que me habla de mi noble prometida, la condesa viuda de Monteleone. También ha pasado la noche en el palacio del glorioso Fulvio. Todo va tanto mejor cuanto debe considerarse armado de pies á cabeza; es un mozo inteligente, no se puede decir lo contrario.

Y cesando de hablar súbitamente, se abismó un instante en sus pensamientos.

—Sea dicho entre nosotros, yerno mío—repuso después de un corto silencio con acento que contrastaba por su seriedad con el tono sarcástico que

le era habitual:—es hora ya de que nos ocupemos de nuestras nupcias.

## X

## Tela de araña.

—Para que seamos los felices esposos—continuó Johann Spurzeim,—tú de la heredera de Monteleone y yo de su viuda, son indispensables dos cosas.

Primeramente, que Manuel no recobre el habla, y para ello, sólo conozco una parálisis: ¡la muerte!

En segundo lugar, como no puedo ir á hacer la corte á la noble María de los Amalfi, es indispensable que ella se tome la molestia de venir á mi humilde casa.

Estas son dos precauciones delicadas y difíciles; cuento contigo para llevarlas á cabo.

—¿Matar al viejo Manuel Giudicelli y robar á la condesa?—profirió fríamente Pedro Falcone.

—¡Exactamente!—contestó Johann;—tú reduces las cosas á su más sencilla expresión. No me desagrada eso.

—Señor—dijo Pedro Falcone,—para que no haya confusiones llamo las cosas por su verdadero nombre. Ni quiero matar á Manuel, ni robar á la condesa.

—¡Bah!—exclamó el jefe de policía;—y ¿por qué no quieres, yerno mío?

—Porque es peligroso, señor, y he resuelto no exponerme á ningún peligro personal.

—¡Buena idea!—exclamó Johann sonriendo;—más me gusta verte así que no poniendo reparos. Sin embargo, si se te suplicase...

—Sería inútil.